

El lugar de la biblioteca, un espacio en discusión entre la imaginación y la técnica

*A Silvia Sánchez,
que debería estar entre nosotros o tal vez esté,
deambulando entre libros, ordenándolos,
entre bibliotecarios, sus colegas o a quienes, sin serlo,
recibimos la generosa sólida plenitud de sus conocimientos.
Más aún si imaginamos, como imaginaron
los talmudistas, que el paraíso existe bajo especie
de biblioteca o, la biblioteca, lo que es menos verosímil,
bajo especie de paraíso, Silvia allí ha de estar.*

Presumo que en este simposio ya se ha hablado y discutido sobre las profundas transformaciones ocurridas en las bibliotecas y sobre esas drásticas mutaciones que, estrictamente contemporáneas, se han registrado en ciberlibros o libros electrónicos que, según las estadísticas de las muy provistas librerías-en-línea son más requeridos que los mismos libros en su formato editorial convencional. Son dramáticos los cambios en los hábitos de lectura, en las costumbres centenarias que desaparecen en esta edad de pantallas, en tiempos que corren más acelerados que en el pasado, ahora cuando avanza la digitalización cada vez más perfecta, en redes cada vez más apremiantes. Si los libros no variaron tanto a lo largo de su prolongada historia como variaron en estos últimos pocos años, también quienes los usan o los sitios donde se coleccionan varían. Sin duda las *bibliotecas* (nombre con que se denomina tanto la institución como el edificio, el local o la localización, o la no localización) también varían o deberían variar. Las bibliotecas, los libros se transforman y los autores, los lectores asumen sin advertirlo su progresiva condición de *cibernícolas*, oriundos de espacios que habitan pero que tampoco conocen.

Son mutaciones que han ocurrido en forma contemporánea, como si la reciprocidad entre entidades establecidas, tradicionales, radicadas, como las bibliotecas y las colecciones, o los objetos que contienen y las justifican, objetos transportables, desplazables, fueran determinados por un mismo destino espectral. ¿Cómo no asociar, ahora más que nunca, la biblioteca al paraíso, ahora que está radicada (es una manera de decir) en un espacio indeterminado que se ubica *más allá*, un mundo fantasmal en un firmamento desconocido? Hoy son legiones quienes recorren las colecciones en redes y revisan sin necesidad de apartarse de sus mesas, con todos los libros a la vista, sin horarios, sin honorarios, sin conflictos ni restricciones, en la biblioteca interminable instalada en el infinito. Si

imaginamos, como imaginaron los talmudistas, que el paraíso existe bajo especie de biblioteca o la biblioteca bajo especie de paraíso, su condición actual ya se está aproximando a esa fantasía.

¿Por qué reivindicó Borges esta alegoría edénica a la que se ha aludido más de una vez? Con frecuencia ha confirmado su pasión por las etimologías y, entre las más poéticas, no desconocería que *paraíso* deriva de la palabra *pardés* (el jardín, el huerto), un acrónimo hebreo que se integra por el nombre de las cuatro lecturas que los exégetas bíblicos propiciaban, esas diferentes interpretaciones que requieren los textos sagrados para ser comprendidos y que Dante adaptó a las suyas. La explicación resulta atractiva, pero es necesario precisar, sin embargo, que no coincide con la versión filológica más estricta de manera que, como decía García Márquez con respecto a otros hechos, conviene contar la verdad antes de que lleguen los historiadores.

Para esta presentación me permito recorrer un itinerario que es bastante análogo al que realiza el lector, el estudioso o el investigador en las bibliotecas o los usuarios ante las computadoras o quien, sin disponer de esos recursos o articulándolos a su manera, intenta pensar.

Es un fenómeno involuntario y anafórico, lingüístico y semiótico, que un filósofo norteamericano, Ch. S. Peirce (amigo de William James), designó con el nombre de *semiosis ilimitada*, una noción que circuló con gran fortuna disciplinaria en las últimas décadas del siglo xx. Fue quien la definió como el movimiento del pensamiento que comprende un signo por medio de otro signo y de este por otro signo y así sucesivamente, en una serie imprevisible, interminable, propia de esas instancias que requiere la acción de pensar. Es cierto, las bibliotecas son misteriosas pero, además, son un *tópico* literario (un lugar y un tema recurrentes) que los escritores han frecuentado en sus propios escritos, que los artistas (escultores, pintores, cineastas) han imaginado y que presentan, en sus diferentes alusiones, algunas características comunes que tiendo a señalar someramente.

Entre las primeras referencias que leí, recuerdo un pasaje de *El hombre sin atributos* de Robert Musil, cuando el general Stumm von Bordwehr entra en la Biblioteca Nacional de Viena y, al calcular que el tiempo que le llevaría leer lo que aspiraba averiguar sería de unos diez mil años, prefiere confiar en las orientaciones del bibliotecario, quien lo introdujo en la sala de los catálogos:

Entré, pues, en el *Sancta Sanctorum* de la biblioteca. Te aseguro que tuve la impresión de penetrar en el interior de un cráneo.²³²

De lo más sagrado a lo más secreto. La imagen es feliz y vale la pena repetirla. Es similar su impresión a la que produce la semiosis ilimitada o a la que producen las teorías y hermenéuticas literarias. En este sentido, son reveladoras las contribuciones de la neurobiología contemporánea que

²³² Musil, Robert, *El hombre sin atributos*, tomo II, Seix Barral, Barcelona, 1972, 202.

ofrece nuevos marcos de pensamiento para integrar la biología a esos ámbitos que durante mucho tiempo permanecieron extraños a las representaciones culturales [...], a la actividad artística, su percepción y reflexión.

No estaría de más recurrir a este marco teórico nuevo propuesto por Jean-Pierre Changeux y otros estudiosos²³³ porque esas anotaciones, además, se registran, precisamente, en el capítulo «Fisiología del coleccionista y de la colección». Y en ese ámbito temático estamos.

El proceso de la lectura es similar al proceso de la semiosis ilimitada que, en su devenir, logra aplicar, incluso sin saberlo, algo así como «la ley de la biblioteca» o, mejor dicho, *la lógica de la biblioteca* ya que un libro lleva a otro libro y, sin darse cuenta, el lector reordena la biblioteca, en sus archivos, en su mesa, en su mente; en su poema, el escritor, a su manera. El tema es inagotable (igual que lo es esa búsqueda) y, sin embargo, al revisar las filas del colosal tesoro de libros, el general von Stumm no quedó más impresionado que ante un desfile militar, comentando que

no hay porqué leer todos los libros [...] como tampoco en la guerra no hay porqué matar a todos los soldados uno por uno.²³⁴

¿Ilustraría otra variación del curioso discurso sobre las armas y las letras?

Con cierta flexibilidad, compararía ese movimiento mental a la gestualidad informática del *hipertexto* (1969) que imita, sin manifestarlo, los automatismos de un mismo proceso cerebral y operativo. El término no fue nuevo para la teoría ni para la crítica literaria. Gérard Genette utilizó el término *hipertexto* en su afán artístotélico de denominar, definir, clasificar los instrumentos conceptuales aptos para el análisis literario. El libro se titula sabiamente *Palimpsestos, la literatura al segundo grado* (1982), como si hubiera previsto las mutaciones del soporte, desde el descomunal cambio del papiro en pergamino, del pergamino en papel, del papel en digitalización y digitación, una prestidigitación numérica que la técnica facilita para la inscripción, transmisión y circulación de textos.

Así como el gesto hipertextual permite acceder a más información a partir de una palabra vista en pantalla, solo con un toque, y de una en otra y en otra, Genette seguía el rastro de una obra a otra anterior y de esta a otra: un camino que, como el regreso a Ítaca, por ejemplo, parte de las vicisitudes de varios Ulises y de numerosas odiseas hasta llegar, en un itinerario regresivo, a la *Odisea* de Homero, al *hipotexto ancestral*, regresando al punto de partida que dio lugar a las variantes posteriores para descubrir los vínculos retrospectivos que los textos tejen entre sí: ¿posterioridad de los precursores?, ¿ansiedad de influencias? La imaginación y la teoría han abundado sobre estos regresos o progresos. Alguna

233 Changeux, Jean-Pierre, *Sobre lo verdadero, lo bello y el bien. Un nuevo enfoque neuronal*, Katz, Buenos Aires, 2010, 151-152.

234 Musil, Robert, *El hombre sin atributos*, o. cit., 201.

vez traté de demorarme en las interesantes derivas marítimas y apocatásticas de estos movimientos regresivos.

Si bien son azarosas las odiseas, no siempre se llega al origen con tanta facilidad y ya se sabe que cuando se interpreta hay por lo menos dos bibliotecas, como se suele decir. Además, el tema de las bibliotecas se duplica con facilidad. Así como André Malraux habló de un museo imaginario, se podría hablar de una *biblioteca imaginaria*, de una o más.

En su seductor ensayo (que debería remitir hipertextualmente a Walter Benjamin) no previó que ese museo tendría su lugar, no solo en el álbum de fotografías, de postales o reproducciones materiales y mentales que cada uno reúne a partir de su propia colección turística o intelectual, sino a *un museo desmesurado* en el espacio y a mano, así de simple.

Una aclaración: en un principio había pensado en «El *papel* de la biblioteca, un tema en discusión entre la imaginación y la técnica» porque me pareció que podría sacar partido de la pluralidad de sentidos que la palabra *papel* acumula. El *papel* es tanto soporte de escritura impresa o no, como la función, el rol, el *papel* que cumplen instituciones y personas, puesto que ambos significados coexisten en un mismo papel. Ya Nelson Di Maggio, refiriéndose a Nelson Ramos (valga lo común de los nombres propios), había reflexionado sobre el mismo doble sentido de *papel*, en el *papel del pintor*, sin distinguir el soporte de sus atribuciones artísticas.²³⁵

Sin embargo, al hablar de la biblioteca en una biblioteca, y del desafío que el lugar enfrenta en estos tiempos mediáticos, parecería más pertinente, en lugar del *papel*, hablar del *lugar* de la biblioteca.

Debería asombrar que en la actualidad ambas referencias se cuestionen, que tanto el papel y el lugar se encuentren ambos en situación de riesgo en lo que concierne a la biblioteca, como esas especies en vías de extinción que empiezan a preocupar solo por temor a que desaparezcan. No son ajenos a ambos problemas los progresos incontenibles de la técnica que, una vez más, sugieren la soberbia de quienes, cada vez más poderosas sus élites, tienden sus redes entre torres y satélites. Si se suele decir que la historia se repite, ¿qué quedaría por decir con respecto a los mitos y a las palabras? Por eso entre *papel y babel* no pude evitar recordar un cuento escasamente narrativo de Borges, «La biblioteca de Babel» (1941), donde el narrador empieza por afirmar «El Universo (que otros llaman la Biblioteca)», una sinonimia que tanto promete como alarma. Sobre todo porque, prefigurado este cuento por un ensayo anterior, «La biblioteca total» (1939), los cálculos que se formulan, inacabables, solo a partir de los 25 símbolos de la escritura, puntos, comas y espacios incluidos, resultan aún más amenazadores porque abarcan todo lo que es dable expresar en todas las lenguas.

Solo por el hecho de pensar en las bibliotecas desde la perspectiva de los desafíos y cambios se advierte un síntoma de crisis y, sin duda, *la biblioteca está*

235 Di Maggio, Nelson, «El papel del artista», *Maldoror*, Revista de la ciudad de Montevideo, n.º 24, 2006.

en crisis, si se entiende por tal los «cambios bruscos, mutaciones, transformaciones, metamorfosis».

Entre las argumentaciones de Robert Darnton, director de las bibliotecas de la Universidad de Harvard, o las iniciativas de dimensiones descomunales de la *Biblioteca digital mundial*, un acuerdo entre James Billington, director de la *Biblioteca del Congreso*, y la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco, por su sigla en inglés), algunos cambios son aún inconcebibles. ¿Será posible leer todos los libros, los manuscritos, ver todas las películas, los grabados, las fotografías, oír todas las grabaciones sonoras de todos los continentes, de todos los países, desde 8000 años a. C. hasta ahora, todas colecciones de bibliotecas y museos? Dice Darnton que las cifras son desmesuradas, pero no desaniman otras actividades que se convocan y realizan sobre «la muerte del libro», tantas que tal vez sea esa frecuencia índice de su intensa vitalidad.

Había anunciado algunos ejemplos de cómo la imaginación concibe las bibliotecas de un tiempo a esta parte y empezamos por Musil. Otro ejemplo, esta vez cinematográfico, es el film *Toute la mémoire du monde*, un documental de Alain Resnais que tiene por tema la Biblioteca Nacional de París. En este caso no es necesario citar textos de Borges porque el propio Resnais los cita. El cineasta muestra las fantasías deshumanizadas que el escritor anticipara en su ensayo de 1939 o en su cuento ya mencionado, ambas bibliotecas igualmente totalitarias.

En blanco y negro brumoso, ese film sobre la *Bibliothèque nationale* impresionada como las *Carceri d'invenzione* de Giovanni Battista Piranesi (y parece pertinente nombrarlo para recordar la colección de grabados que atesora nuestra Biblioteca Nacional). El film de Resnais no escatima mostrar la severidad de los controles y de los funcionarios uniformados, las maquinarias siniestras, los tratamientos médicos a que se someten los libros, la propia arquitectura de la biblioteca, los sombríos corredores que se entrecruzan para desembocar en escaleras abismales, en recintos sin salida. Enrejadas, las pequeñas ventanas, enrejados los tétricos ascensores, los estantes, los rincones oscuros, prolongan las catástrofes que el mismo Resnais había revelado un año antes en las atroces imágenes de *Nuit et bruillard* (1955), su film fundacional sobre los restos humanos de la *Shoah*.

Los dos films son rigurosamente consecutivos y el ambiente concentracionario se filtra de uno en otro. Fichas, ficheros, sellos, marcas, números y letras de identificación. Los carros cargados con libros se desplazan en el interior de ese recinto nocturno, como si transportaran esqueléticas, descarnadas piltrafas que apenas recuerdan su humana condición. Encerrados en una especie de depósito con barrotes, los libros, yacentes, esperan la ubicación definitiva para ya nunca lograr salir de esa ciudadela silenciosa. Las fichas son los fantasmas de los libros —dice el narrador del film—, fragmentos de la memoria universal.

A propósito de la biblioteca total dice Borges que es extraño «ese hábito de la mente de inventar imaginaciones horribles» y, entre las más aterradoras, no me pesa recordar las instalaciones de Anselm Kiefer, uno de los mayores realizadores de arte contemporáneo, que expone en diversos museos del mundo sus bibliotecas de libros quemados, libros de plomo.

¿Qué plomo el suyo?, ¿el de las balas, el de las imprentas? Otra vez las armas y las letras... Kiefer reduce libros, carpetas, diarios, archivos, a cenizas, elevando túmulos muy negros de un sacrificio mayor: *Shevirat ha-kelim* o *the Breaking of the Vessels* (1989-1990), «vajillas quebradas» traduce el enigmático título en hebreo de ese memorial contradictorio que reúne, sin identificación posible, las publicaciones de autores judíos, colecciones quemadas durante los brutales desmanes del nacional-socialismo. El título de Kiefer recuerda una conocida alegoría de la cábala, una figuración muy simbólica y muy significativa, que revela las fracturas de vasijas quebradas, vasos que no pudieron contener, de tan intensa, la luz divina.

Otro ejemplo: *Die Bibliothek* (2000) de Micha Ullman extiende la saga de estas bibliotecas emblemáticas y pavorosas. Disimulada en la Bebel-Platz de Berlín, en el mismo lugar donde los estudiantes universitarios alemanes perpetraron la quema de libros el 10 de mayo de 1933, existe (aunque hay que encontrarlo) un memorial casi oculto que recuerda las decenas de miles de libros quemados en las aberraciones de ese auto de fe al que Joseph Goebbels los indujo. A ras del suelo, una placa transparente, rectangular como una pantalla tumbada o una tumba, permite ver o no ver a través del vidrio. El transeúnte se detiene al borde de la lápida de cristal, circunspecto, no levanta la vista, queda en silencio ante una sepultura colectiva vacía, dolorosa, ignorada. Ociosos, otros caminantes se demoran sorprendidos por la actitud de quien se detuvo en medio de la plaza, paralizado, asistiendo a una inesperada ceremonia fúnebre, en reverencia ante una fosa semioculta. A través del vidrio, en el fondo se advierten estantes que superponen el vacío, ni rastros de libros, ni rostros de personas, camastros desguarnecidos hace tiempo, no hay huellas humanas, ni humo, ni cenizas. A un lado del cristal, inscrita en una placa o página de hierro, se lee una cita de Heinrich Heine muy conocida, escrita en 1821:

Eso solo fue un preludio, ahí en donde se queman libros, se termina también quemando seres humanos.

La biblioteca es tema de una novela de Ray Bradbury y un film de François Truffaut, de una novela de Umberto Eco, de sus ensayos, cuentos, investigaciones.

En la entrada correspondiente a *Bibliothèque* de su ocurrente diccionario, Genette cuenta que Roland Barthes decía, más de una vez, que él se había vuelto estructuralista para no tener que ir más a la biblioteca, sin darse cuenta que él mismo se convertiría en biblioteca, en una institución establecida (*an establishment*) de referencias literarias y estéticas.

Aunque parece una verdad banal, no sería ocioso reconocer que la biblioteca es un tópico literario, *un lugar común* de la literatura, del arte, de la historia, del saber y no es raro que el delirio de un narrador o lector que allí encuentra todo la confunda con el universo.

Los repositorios se adecuan a los tiempos y responden a sus desafíos, proyectan conservar sus tesoros, difundirlos a la par y dar acceso a investigadores y lectores que ya no son los que eran ni están donde estaban ni hacen lo que hacían. Por eso, tal vez por tantas mudanzas y mutaciones, las bibliotecas nos inquieten tanto y, por similar aprensión, preferí no detenerme en su textualidad electrónica, sino en representaciones de bibliotecas imaginadas por un ensayo narrativo, un cuento filosófico, una novela autobiográfica, una novela policial, uno o dos filmes documentales o de ficción, dos o tres instalaciones en museos, otra instalación emplazada en una plaza de triste historia. Algunas imágenes recuerdan las tragedias del pasado, otras anticipan las alternativas posibles del futuro, que es nuestro crítico y técnico presente, un presente en fuga y transformación como las bibliotecas que huyen hacia el espacio infinito para reaparecer en pantallas, las más grandes, las más pequeñas, todas encuadradas, rectangulares, rígidas, regulares, todas iguales, en mutación y en imágenes.

A pesar de hábitos informáticos afianzados, de una gestualidad hipertextual consolidada, de la confianza depositada en los magisterios mecánicos de google y en la fe wikipédica, prevalece aún el estupor del usuario abrumado por el caudal inabarcable de bibliotecas digitales que compiten entre sí en invención e inventario. Contradictoriamente el lector se resigna, de hecho, a lecturas limitadas por una censura paradójica ya que, por exceso, por abundancia, provoca restricciones análogas a la prohibición y la escasez. Sin embargo, es en esa especie espacial donde se realiza el sueño de Amos Oz. Sin prever las virtudes de la digitalización ni de los dispositivos electrónicos, recuerda el narrador que, siendo niño, fascinado por la literatura, deseaba ser libro:

Cuando era pequeño quería crecer y ser libro. No escritor, sino libro: a las personas se las puede matar como a las hormigas. Tampoco es difícil matar a los escritores. Pero un libro, aunque se lo elimine sistemáticamente, tiene la posibilidad de que un ejemplar se salve y siga viviendo eterna y silenciosamente en una estantería olvidada de cualquier biblioteca perdida de Reykiavik, Valladolid o Vancouver.²³⁶

o en cualquier lugar de una biblioteca que no necesita ni lugar, ni local, ni desplazarse para ver el mundo, el cielo, el infinito, la eternidad en una hora a cualquier hora, como decía Blake en la dichosa estrofa que a continuación se reproduce en epígrafe. Las bibliotecas favorecen los encuentros *sine die*, sin que las fechas cuenten. En su ámbito las citas son fieles y frecuentes, y no solo por eso se repiten.

236 Oz, Amos, *Una historia de amor y oscuridad*, o. cit., 37.